



Mensaje de los Obispos de la Conferencia Episcopal de Costa Rica

¡Paz! un grito que urge ser escuchado en Costa Rica

En la solemnidad del martirio de San Pedro y San Pablo, testigos valientes de la fe en Jesucristo, que entregaron su vida en medio de situaciones de violencia, los Obispos de la Conferencia Episcopal de Costa Rica nos dirigimos al Pueblo de Dios y a todas las personas de buena voluntad, ciudadanos de nuestro país, para reiterar nuestro llamado a un genuino y efectivo compromiso de todos, ante la ola de violencia en nuestro país.

Como Iglesia, somos conscientes de la gravedad de esta problemática que dolorosamente tiende a extenderse en el tiempo y en muchas direcciones, por lo que nos unimos al empeño de buscar caminos de unidad y de paz para enfrentar tan compleja situación. Proclamamos “que la violencia es un mal, que la violencia es inaceptable como solución de los problemas, que la violencia es indigna del hombre. La violencia es una mentira, porque va contra la verdad de nuestra fe, la verdad de nuestra humanidad. La violencia destruye lo que pretende defender: la dignidad, la vida, la libertad del ser humano”.¹

Miramos con dolor la gran cantidad de homicidios que se vienen acumulando, muchos de ellos tienen implicados a jóvenes, ligados al narcotráfico o a la delincuencia organizada. Se observa un agravamiento en la perversidad y capacidad organizativa con que se perpetran. Observamos una alta persistencia en los casos de violencia a lo interno de los hogares, donde mujeres, niños y adultos mayores son las principales víctimas. A esto se agrega la violencia en los centros educativos, lugares de trabajo, en las carreteras y otros muchos contextos.

Hay una complejidad de factores involucrados en la violencia. No se distribuye de manera uniforme, ni social ni geográficamente. Se concentra sobre todo donde la vulnerabilidad expone a las personas a un influjo mayor de factores perjudiciales. En cada suceso, parafraseando al papa Francisco, queda en entredicho el proyecto de la fraternidad de la familia humana, puesto que alimenta la desconfianza que se manifiesta en la construcción de “muros”, para mantener la distancia con los demás (cf. FT 27) o incluso la anulación total del otro, como Caín y Abel, ante el grito de Dios: “¿Dónde está tu hermano?” (Gn 4,9).

Es momento de preguntarnos ante este panorama: ¿vamos a normalizar los hechos de violencia aceptando que es inevitable? ¿Vamos a seguir admitiendo que el dolor de tantos hermanos se reduzca a simples datos estadísticos o a espectáculos mediáticos? Reconocemos que en nuestras comunidades hay grandes manifestaciones de bien, bondad y solidaridad que contrastan con tanto dolor. Creyentes y no creyentes deseamos condiciones sociales que nos permitan vivir dignamente y en libertad, vivir sin miedo.

¹ Juan Pablo II, *Discurso* en Drogheda, Irlanda (1979), 9; cf. Pablo VI, Exh. ap. *Evangelii nuntiandi*, 37.